

cias que absurdo en sí mismo y en sus principios. Si no existe más que una sola sustancia, si todo es idéntico, si el hombre es Dios, ya no hay entre ellos relaciones de autoridad y dependencia; la religión es una quimera; ya no hay para el hombre leyes obligatorias, ni moral, ni vicio, ni virtud. Por otro lado, ¿qué es Dios en el sistema panteísta? Una abstracción metafísica, una simple idea de lo infinito, de lo absoluto, una existencia vaga é indeterminada que no se conoce más que por la razón humana, el más perfecto de los desarrollos. ¿No es esto destruir la idea de Dios? Por último, ¿qué es esa razón humana que se nos presenta como la manifestación y el último desarrollo del ser infinito? ¿Existe la razón humana? Abrid los libros de los filósofos alemanes, y os dirán que el mundo no es más que una apariencia, una forma sin realidad objetiva. El *yo-ser* y la idea abstracta de Dios, aquí está todo. Pero, ¿por qué daremos más realidad á esta idea que á las demás? El excepticismo universal es el resultado inevitable de todas estas teorías insensatas.

El panteísmo es, pues, una contradicción palpable con la razón y con la lógica de las que destruye todos los principios; con la personalidad humana, que ni puede hacer desaparecer, ni explicar; con la realidad del mundo sensible, que niega, sin hacernos comprender cómo existe este fenómeno y cómo nos da el sentimiento de la realidad. Está también en contradicción con la noción del ser absoluto, porque como le niega la personalidad y no afirma nada de él, reemplaza al ser por la existencia, y se volatiliza en la abstracción (1).

(B.)—*El racionalismo.*

Los que ensalzan hasta las nubes la potencia de la razón y quieren someter á su juicio todas las cuestiones sobre Dios, el mundo y la naturaleza, sin duda no recuerdan la

(1) Maret, *Ensayo sobre el panteísmo en las sociedades modernas*, pág. 199.

historia de las lastimosas aberraciones de la razón, en todos los tiempos y en todos los países. La historia de la filosofía es la condenación más explícita de la soberbia racionalista. Ya tenemos probada la insuficiencia de la razón humana y la necesidad de la revelación.

Pero el absurdo de este orgulloso sistema consiste en que se indigna ante la palabra revelación, y niega estúpidamente lo que no puede comprender. No hacen otra cosa los más necios palurdos.

Es absolutamente falso que la razón sea nuestra única guía. Cien veces han declarado los filósofos que si el hombre no tuviese más guía que la razón, no tardaría mucho en perecer el género humano. En las cuestiones de hecho y de experiencia, el razonamiento no sirve de nada; estamos obligados á tomar por guía el testimonio, ya de nuestros propios sentidos, ya del público; lo estamos también á fiarnos en la certidumbre moral, y sería insensato el hombre que consultase únicamente á la razón.

(C.)—*Materialismo, fatalismo y determinismo* (1).

Estos desoladores sistemas son tan absurdos que no merecerían el honor de ser refutados, á no ser por los estragos que han hecho.

Reducir el hombre á una mera *organización*, decir que el alma no es otra cosa que la actividad del cerebro, desconocer ó negar los fenómenos internos, las fecundas y nobles aspiraciones del pensamiento, afirmar que el cerebro piensa como el estómago digiere, ¿no es esto contradecir al sentido común? ¿No es reducir al hombre á la condición del bruto? La materia es por esencia incapaz de una acción espiritual: el pensamiento es una operación simple é indivisible, que no puede tener por sugeto ni por principio una sustancia divisible como la materia. El sentido íntimo nos asegura que somos algo más que materia, y sería una de-

(1) Véase la 1.<sup>a</sup> parte, cap. 12.

mencia el intentar sofocarlo. Y, ¿quién puede calcular las horribles consecuencias morales, ó que nacen del materialismo?

Sujetar al hombre á una necesidad fatal, á una fuerza que le empuja, hacerle una simple rueda en la máquina del universo, despojarle de la libertad, esa soberanía indisputable de nuestro sér sobre todos los séres de la creación, que hace al hombre rey y señor de sus propios actos, ¿no es destruir la dignidad humana? ¿No es echar por tierra el fundamento de toda moralidad? El sentido íntimo se subleva contra ese monstruoso sistema, tanto más, cuanto que el fatalismo no tiene á su favor ninguna prueba.

(D.)—*El eclecticismo.*

No hablamos del eclecticismo antiguo, sino de la nueva escuela racionalista, que ha fundado Mr. Cousin en Francia, y que tantos estragos ha causado á la religion y tiende á comprometer gravemente el porvenir de la ciencia.

«El eclecticismo en el siglo XIX, dice Mr. Bautain (1), es lo que ha sido en todos los tiempos, un sincretismo, una coleccion de opiniones ó de pensamientos humanos que se agregan sin fundirse, ó, de otro modo, un conjunto de miembros y de órganos tomados aquí y allá, arreglados con más ó ménos arte, pero que no pueden constituir un cuerpo vivo. La verdad, se ha dicho, no pertenece á ningun sistema, porque no sería ya la verdad pura y universal si se dejase formular en una teoría particular. No se ha de buscar la filosofía en las obras de tales filósofos, ni en las opiniones de tal siglo ó de tal pueblo, si no en todos los escritos, en todos los pensamientos, en todas las especulaciones de los hombres, en todos los hechos por los que se manifiesta y expresa la vida de la humanidad.»

«Está muy bien! Pero para hacer esta distincion, para obrar esta separacion, es preciso una vista segura, una

(1) *Psicología experimental*, prólogo.

mirada firme y ejercitada: es menester el criterio de la verdad; es necesaria una medida, una regla infalible; y, ¿de dónde la tomará la filosofía ecléctica? No de la doctrina humana, pues que ninguna de estas doctrinas encierra la verdad pura, y justamente por esto es necesario el eclecticismo. ¡Se apela tambien á la razon universal, á la razon absoluta! Mas esto sería muy bien hecho si esta razon absoluta se mostrase ella misma bajo una forma que le fuese propia, y nos convenciese así de que es ella misma la que nos habla. Pero no sucede de esta manera en el estudio de las cosas naturales. Aquí la razon universal no nos habla más que por medio de razones privadas; hay siempre hombres entre ellas y yo; es siempre un hombre el que se declara su órgano é intérprete; y cuando el filósofo nos dice: «Ved aquí lo que dicta la razon absoluta,» esto no significa nada sino: «Ved aquí lo que yo en mi conciencia y en mi propia razon he juzgado conforme á la razon universal ó absoluta.»

«No poseyendo el eclecticismo este criterio tan necesario de la verdad, es preciso que su enseñanza sea oscura, vaga, incoherente; no tiene doctrina propiamente dicha: es un cuadro brillante en donde todas las opiniones humanas deben tener lugar. Verdaderas ó falsas, ellas expresan los pensamientos humanos, y, por lo tanto, tienen derecho á las miradas del filósofo. No se las ha de juzgar por sus consecuencias morales, útiles ó perjudiciales, benéficas ó perniciosas, todas tienen el mismo valor si se las considera filosóficamente: son formas diversas de la verdad, que no es más que una. Mas si todas las doctrinas son buenas en cuanto son expresiones formales de la razon del hombre, lo serán igualmente todas las acciones como manifestaciones de su actividad libre; no hay órden ni desórden para un sér inteligente que no conoce ley ni fin. Las acciones no tienen importancia, sino] á proporcion que ayudan ó dificultan el desarrollo de la humanidad, que debe marchar siempre hácia adelante; no importa en qué sentido, ni hácia qué término, conducida por la razon universal, que no puede estraviarse, porque no hay dos caminos

para la perfeccion; no se trata más que de ser, existir y moverse.»

«Tales son las tristes consecuencias de la filosofía ecléctica así en la ciencia como en la moral. Hé aquí á dónde va á parar este gran movimiento filosófico de nuestro siglo; á donde ha venido á perderse, dejando como último resultado en los ánimos que ha agitado, por un lado una especie de indiferencia hácia la verdad, en la que no creen ya, porque á fuerza de mostrársela en todas partes han llegado á no percibirla en ninguna; y por el otro en la conducta de la vida, juntamente con una gran pretension á lo sublime, á la abnegacion con todas las apariencias del heroísmo, la soltura á las pasiones, el abandono á la fatalidad, la esclavitud de la necesidad bajo la exterioridad de la independencia. Esta filosofía, tan rica en promesas, pero tan pobre en resultados, como la historia lo dirá, está juzgada en el día, y no es ya á esta escuela á donde la juventud generosa irá á buscar ideas grandes, sentimientos profundos y altas inspiraciones.»

(E.)—*Hermesianismo filosófico* (1).

En todas las filosofías, hasta Hermés, tácita ó abiertamente, se suponía que el cristianismo era una verdad; después se trataba de apoyarla por medio de las demostraciones filosóficas: esto es lo que se ha llamado *duda metódica*, *duda negativa*, la cual, en sus justos límites, no es una duda verdadera. Hermés, por el contrario, hizo *positivamente* abstraccion de todo lo que creía y sabía, y supuso que nada había de cierto ni de verdadero en el mundo, no solo en cuanto á la religion católica, sino en orden á cualquiera otra verdad, tal como la existencia de Dios, etc.: esto es lo que se llama *duda positiva*.

(1) Adiciones á Bergier, art. *Hermesianismo*.—Véase además Perrone, tract. *De locis theolog.*, parte 3.<sup>a</sup>, cap. 1.<sup>o</sup>, artículo 2.<sup>o</sup>

Partiendo de este punto, es indispensable de antemano un excepticismo completo para que la inteligencia humana pudiese adquirir la certeza. Ahora bien, el entendimiento no pasa necesariamente por la duda ántes de llegar á una conviccion razonable y segura. ¿Tiene necesidad el hombre de pasar por la duda para adquirir una certeza de su propia existencia y de los objetos que le rodean? La inteligencia no puede vacilar, ni áun por un momento, ántes de creer los primeros principios en cada orden de conocimientos, en los axiomas, y, por lo comun, en las conclusiones inmediatas que se deducen de ellos. Por lo tanto, existe un gran número de verdades, sobre las cuales, anteriormente á toda duda, se tiene una conviccion completa racional, que todos los esfuerzos de todos los excépticos del mundo no podrían debilitar.

Partiendo de la duda positiva, es absolutamente imposible probar una verdad cualquiera; porque una verdad no se demuestra sino deduciéndola rigurosamente de un principio infalible. Ahora bien; el que tiene la duda positiva no está seguro de un solo principio, y tampoco lo está de la exactitud de su argumentacion. El punto de partida del sistema contiene, pues, una verdadera contradiccion.

La demostracion *práctica* de Hermés contiene, por otra parte, una verdadera peticion de principio. Para establecer un hecho, supone la certeza de la obligacion que de él resulta; deduce, por ejemplo, que tal cuerpo es un cadáver, porque existe un deber moral para enterrarle; al paso que el deber de enterrar no existe sino en el caso en que la muerte fuese de antemano segura. Racionalmente, es preciso probar el hecho y deducir de él la obligacion moral: Hermés, por el contrario, supone la obligacion para deducir el hecho; por lo tanto, su método es irracional.

Hé aquí ahora las absurdas consecuencias que se deducen de este sistema:

1.<sup>o</sup> Que el hombre debería rechazar la verdad conocida, destruir en sí todas las nociones del bien y del mal, y vivir en este estado hasta que hubiese reconstruido la obligacion de observar todas las leyes divinas y humanas.

2.º Que ántes de Hermés, nada había de cierto en el mundo.

3.º Que la inmensa mayoría de los hombres es incapaz de llegar á la certeza, porque hay muy pocos que puedan reconstituir la verdad y aun apreciar bien el encadenamiento de las verdades entre sí.

4.º Que habría obligación de creer todos los errores á que sería uno arrastrado por las falsas deducciones, y despues obrar consiguientemente á esto mismo.

\*\*\*

No queremos hacer mencion de otros sistemas no ménos absurdos. Pero sí deduciremos una consecuencia innegable. Existe la verdad, existe la ciencia, la filosofía no es un nombre vano. Pero esta verdad, esta ciencia, esta filosofía, solo la posee la Iglesia católica. Todos los delirios de la razon humana son una prueba de la necesidad de la revelacion. La razon, abandonada á sí misma, no ha hecho otra cosa que extraviarse, pero guiada por la Iglesia, ha enmendado sus errores y ha hecho gigantescos progresos. Cada nueva negacion de la verdad hace descubrir una nueva prueba que la confirma.

«La filosofía moderna, concluiremos, valiéndonos de las palabras de Bonnet, ha conmovido los fundamentos de todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el espíritu humano á las doctrinas sobre que descansaba hacia tantos siglos, no sabe ya á qué asirse, ni en dónde fijarse. La ausencia de la religion deja un vacío inmenso en los pensamientos y afecciones del hombre; y éste, siempre extremado, los llena de los más peligrosos fantasmas, en lugar de una cosa maravillosa, sábia y consoladora, adaptada á nuestras primeras necesidades: así es como el hombre, haciéndose incrédulo, no hará más que precipitarse más fácilmente en la supersticion: llevará hasta en el ateismo la necesidad de las ideas religiosas: abusará de las propias ciencias, mezclando con ellas los desvarios más monstruosos; divinizará los efectos físicos y las fuerzas de

la naturaleza; se le verá caer de nuevo en un politeísmo absurdo: en una palabra, estará dispuesto á creerlo todo al mismo tiempo que dirá que no cree ya en nada. Ya es tiempo de que la verdadera filosofía, por su propio interés, vuelva á acercarse á una religion á la que ha desconocido demasiado, y que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla segura á todos los movimientos de nuestro corazon. Es preciso dar á la inteligencia alimentos sanos si no se quiere que se nutra de venenos» (1).

## CAPITULO VI.

### La Iglesia protectora de las ciencias y de las artes (2)

Acabamos de ver la dichosa influencia de la Iglesia en los progresos y acierto de la verdadera filosofía, comprendiendo en esta palabra en general todos los conocimientos humanos. Podíamos añadir la relacion de sus beneficios á todas y cada una de las ciencias y artes que se han desarrollado y crecido bajo su impulso civilizador; ¡tan léjos está la Iglesia de ser enemiga de la ilustracion! Pero esta sería una larga tarea que exigiria volúmenes enteros, y, por otra parte, es una cosa que no desconoce ninguna persona ilustrada é imparcial. Nos contentaremos con hacer indicaciones generales, bastantes, sin embargo, para que aparezca que nuestra religion es la más favorable á las artes y á las letras, y que el mundo moderno se lo debe todo; desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; desde los hospicios para los desgraciados, hasta los Templos edificados por Miguel Angel y decorados por Rafael.

#### § I.—Ciencias.

En todas partes en que se ha establecido el cristianismo, tanto en medio de los hielos del Norte, como bajo los ar-

(1) Citado por *Augusto Nicolás*, lugar citado.

(2) Chateaubriand, *Génio del Cristianismo*.—Pinard, *Génie du Catholicisme*.